

# Salvajada de América Latina

por **Cintia Rogovsky**  
 ilustración **Ariel Tancredi**

*Qué hace al escritor de una tierra que ha visto nacer y reproducirse a algunas de las más extraordinarias formas de revolución y resistencia política, de pedagogías alternativas y de aparatos mediadores.*

**Escribir es un trabajo** como cualquier otro, generalmente mal remunerado y poco reconocido; que requiere sus saberes y sus técnicas, que supone un posicionamiento político y ético, que lleva esfuerzo y tiempo. Creo que hay que tener cierto valor para escribir y vivir como los grandes y los pequeños poetas y narradores que, al leerlos, nos cambian la vida a los lectores; están ahí, en la forma y el estilo, en la carnadura de su escritura. Les creemos. Esos escritores cuyos nombres permanecen olvidados o escondidos, que aún lejos de las grandes urbes, se obstinan en inventar nuevas historias y nuevos mundos y también esos que ganan premios y obtienen un prestigio merecido, que no siempre significa nuevos lectores. Además de aquellos que se convierten en rockstar o cambia star o hip hop star o tango star en el negocio de la música y aún así siguen apostando a la poesía en sus letras.

Me gustan esos poetas que viven como luchadores, como amantes decididos, como amigos leales, como educadores; militantes arriesgados de sus ideas, de sus propuestas estéticas, de la palabra que transforma. Cierta, cometen algunos excesos, puede que hablen demasiado, que beban demasiado, que fumen o coman demasiado, que no sepan mantener el equilibrio conveniente de lo políticamente correcto. Nadie dijo que sea fácil vivir así, escribir, tomar decisiones, ponerles el cuerpo, inventar lo que no existió sin miedo a quedar afuera del establishment, sin miedo a fracasar, sin miedo. ¿Acaso nuestros trovadores no son poetas que escriben canciones,

narradores de cuentos extraordinarios, autores de novelas policiales con pinceladas de humor y epopeyas escritas por detectives salvajes? ¿No se convierten a veces en héroes y crónicas viajeros y guerrilleros de las palabras; en rockeros, raperos, cumbieros, folcloristas? ¿No son en ocasiones líderes carismáticos que hacen del arte de escribir, banderas, patrias, barricadas y refugios para amar, vivir y trabajar? También para gozar, para liberarnos de los yugos, incluso de los yugos culturales que achican con leyes de mercado los mundos simbólicos posibles para nuestros pueblos; las lenguas; las formas de resistencia, de contracultura, de cultura popular.

Mientras el mercado sube y baja pulgares con la liturgia de todo emperador que decide quien vive y quien muere, resistimos para que no hegemonice todos los espacios ni silencie a todos los poetas. Seguro tiene sus favoritos, e incluye en el firmamento rutilante de la marquesinas de las ventas a esos a los que Roberto Bolaño llamaba con un sarcasmo no poco valiente, por cierto, los "escribidores" (no le resultó gratuita esa honestidad). El mercado ofrece a sus bendecidos espacios destacados en los podios de las ferias y congresos, columnas de opiniones financiadas por las grandes corporaciones y/o los poderes políticos obedientes que te venden todo: el cable, el diario, Internet, el modelo cultural y la novela que el deber ser marca como moda. Y ellos escriben lo que hay que escribir: hoy autoayuda, mañana novela erótica para mujeres; pasado policiales. Pero

de esos no me interesa hablar acá.

América Latina es para mí la tierra de los poetas salvajes, donde capaz, como en un relato fantástico, un genial escritor platense contemporáneo al mirar por la ventana de su estudio ve una ciudad fantasmática e inundada donde las calles se han vuelto ríos que arrastran personas, animales y desechos cloacales; y también su biblioteca. Tierra de mujeres que escriben poesía flamígera y rebelde; mujeres que se enamoran de otras mujeres pero se casan con los hombres más hermosos y los celan hasta en los poemas; "esas mujeres" que ni se nombran por su nombre, las de la felicidad clandestina que a veces no llegan a fin de mes, las que no saben ser las más buenas madres o buenas esposas o buenas ciudadanas tal como se espera de ellas, que casi nunca escriben en el soñado estudio o cocina de escritura, con una ventana que mira al mar o a la montaña, o a un jardín apacible y frondoso, o a un espejo de agua que serena a estos miembros de la que Proust llamaba la raza de los nerviosos. Poetas que, entregadas a la pasión de la escritura, teclean con una portátil sobre el regazo en medio de una habitación donde los hijos juegan o miran tele, suena el teléfono, huele a comida. Es también la Patria de los creadores de la antipoesía, de los gauchos cuchilleros, de la novela negra que se dialoga en lunfardo, de los humoristas de la prosa; de los tigres de los llanos y de los poetas putos, negros, pobres, mestizos y travestidos que provocan a la vez a los represores vivos y a los muertos.



## *¿O acaso el poeta civilizado no sería hoy un poeta deserotizado, sin deseo, aunque tal vez publicado, obediente, incluso famoso, consagrado?*

Ignoro si hay una especificidad política en la poesía latinoamericana, un modo de vincularse y de construir el poder y la circulación de sentidos, una lógica para percibir y expresar el sistema-mundo que habitamos, nosotros: este diverso colectivo de los que nacimos en el continente del maíz, la papa, el genocidio indígena, los genocidios de las dictaduras del terrorismo de Estado, la explotación que nos impone el Norte y el tráfico de niños y niñas. La misma tierra que ha visto nacer y reproducirse a algunas de las más extraordinarias formas de revolución y resistencia política, de pedagogías alternativas y aparatos culturales mediadores entre los cuerpos, donde somos afectados en la sensibilidad, y la forma, la ley. Aparatos que logran evadir la lógica de sometimiento al capital que invade todas o casi todas las relaciones, las mediaciones, las propuestas estéticas, las posibilidades de las obras ar-

tísticas, la mayoría de los medios de comunicación y expresión en esta época.

### **Tierra de poetas salvajes**

Salvajes, en el sentido más revolucionario, en el sentido del facundismo, en el sentido con el que el discurso del poder quiso estigmatizarnos. ¿O acaso el poeta civilizado no sería hoy un poeta deserotizado, sin deseo, aunque tal vez publicado, obediente, incluso famoso, consagrado? Un poeta civilizado no escribiría "No soy un marica disfrazado de poeta // No necesito disfraz // Aquí está mi cara // Hablo por mi diferencia", como Pedro Lemebel. Puede ser salvaje y erudito, salvaje y elegante y sofisticado. Por supuesto. Pero no lavadito, tibio.

En la Argentina, además, algunas palabras primarias mutaron al construir nuevos sentidos políticos: las madres devinieron en Madres al inventar la maternidad como hecho político, expresado

en el significante de esa mayúscula que la nombra. La palabra dice lo que dice y además otra cosa, escribe Pizarnik.

No sé si los poetas salvajes han cruzado las barreras de la literatura y la cultura, y hasta dónde o si al adentrarse en sus temas en lo político, eludiendo la forma del panfleto, cruzan una frontera de lenguaje y género. Intuyo que sí, al leer: "Y comprendo que la escritura es una manera única de iluminar la conexión entre el pasado y el presente. Y eso me alienta a empezar: no como quien informa, sino como quien descubre", como escribe Leopoldo Brizuela en *Una misma noche* (2012). Lo que sé es que viven y transmiten sus voces que resuenan en el eco de todas las hablas de nuestros países en las que los jóvenes, en particular, emprenden sus epopeyas en la intensidad de un continente en el cual es más frecuente sobrevivir que vivir. Viven en la palabra que circula construyendo puentes, buscando al otro como en la canción de Cerati "en la rima que duerme con todas las palabras". Atravesando las selvas desmesuradas y las punas, las cumbres nevadas, las grandes autopistas y los basurales de las favelas y las villas; las ciudades que hierven de optimismo y esperanza, o declinan en una entristecido escepticismo de lo que pudo ser y no fue. O de lo que todavía está pendiente, pero cada vez más cercano, como si estuviera llegando la hora de nuestros pueblos, como anticiparon en cierta forma nuestros poetas.

Gloria y honor a nuestros detectives salvajes. Nuestros héroes del rock n roll. Los que tomaron la posta después de la carnicería, del baño de sangre, de la catástrofe con la que intentaron borrarnos para siempre las ganas de inventar algo distinto para organizar la vida, la producción de alimentos, la forma de gobernarnos, de armar familia, de construir conocimientos, de gozar del arte y la cultura. De amar, a fin de cuentas, de amar y repartir la torta como para que nos alcance a todos. Poetas salvajes que construyen la odisea de las juventudes revolucionarias de los 70, como escribe Bolaño: "En aquel tiempo yo tenía veinte años // y estaba loco. // Había perdido un país // pero había ganado un sueño. // Y si tenía ese sueño // lo demás no importaba. // Ni trabajar ni rezar // ni estudiar en la madrugada // junto a los perros románticos"